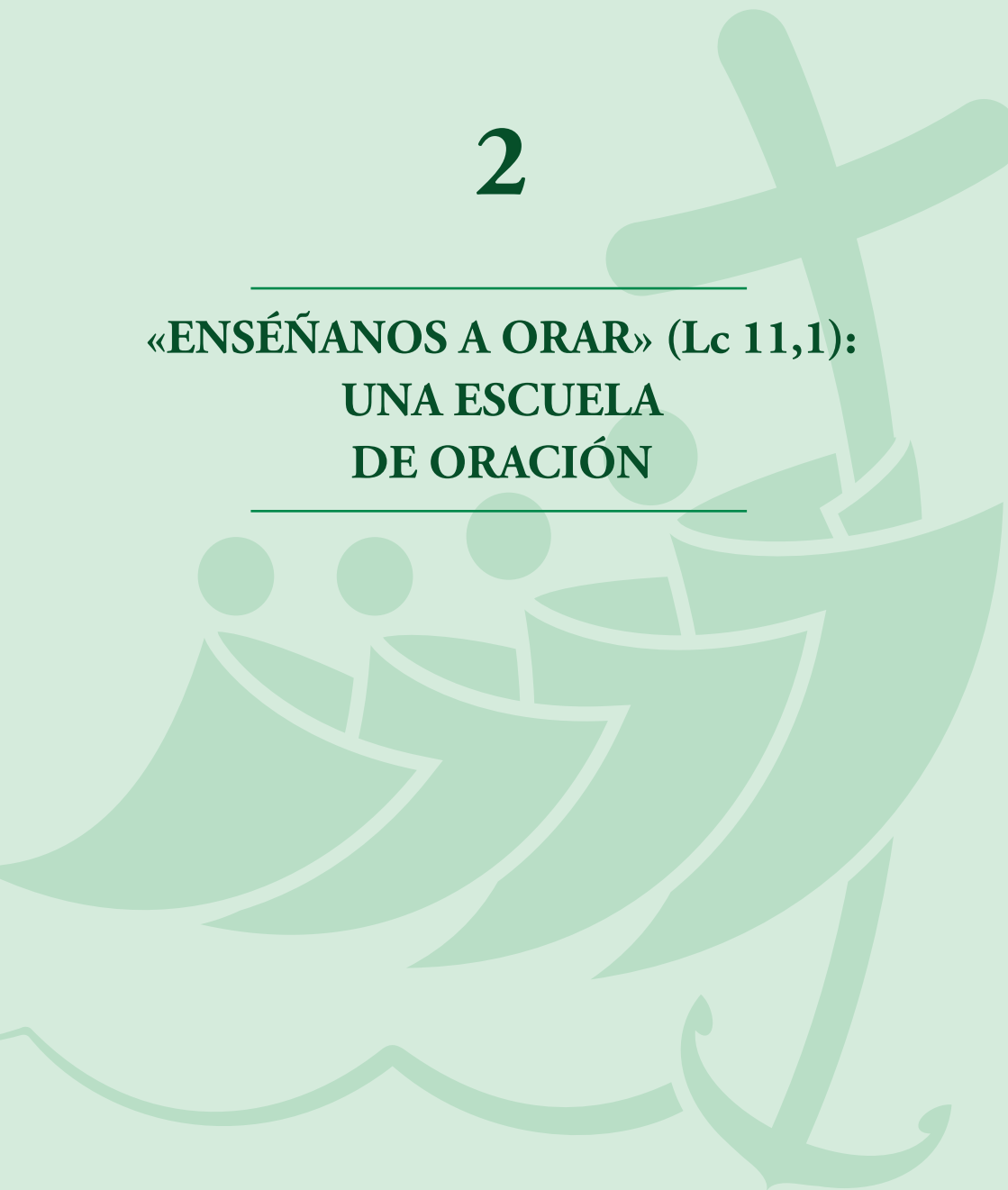


2

«ENSÉÑANOS A ORAR» (Lc 11,1): UNA ESCUELA DE ORACIÓN



En el Evangelio de Lucas, encontramos a los discípulos de Jesús que se acercan al Maestro con una petición profunda y significativa: «Señor, enséñanos a orar» (Lc 11,1). Esta petición, que reflexiona ciertamente en la conciencia de su límite y en la necesidad de una indicación también práctica respecto al modo de orar, esconde, en su interno, también una dimensión propia de cada persona: la necesidad de un maestro, de un guía que acompañe en las cosas más importantes de la vida. En la escuela de un maestro, el discípulo puede crecer solo si camina por la línea marcada por quien lo precede: caminando sobre las mismas huellas del maestro, de hecho, sabrá percibir la habilidad y, poco a poco, nacerá el sentido de emulación que un día le permitirá alcanzar los mismos conocimientos: «Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando», «quien cree en mí, cumplirá las obras que yo realizo y las hará más grandes» (Jn 15,12; 14,12).

Estas palabras, son advertidas por los discípulos, también por lo que se refiere a la oración: estando en la presencia del Maestro, son atraídos por su modo de orar, por su retirarse en despoblado, por la relación con el Padre que se manifiesta también por medio de la conciencia profundamente enraizada en la oración continua. Nace así, la atracción por la relación de filiación al punto que los apóstoles desean hacerse partícipes. Gracias a este deseo, el Maestro decide enseñarles a orar, dando así vida a una verdadera y propia “Escuela de Oración”, que transformará un deseo en una experiencia capaz de plasmar su relación con Dios y, por lo tanto, con los demás hombres.

Todo esto, hace referencia a aquello que el Santo Padre ha recordado en diversas ocasiones, subrayando como la oración no es sólo una práctica de devoción, sino que es comparable a un «respiro del alma», es la expresión de una necesidad profunda y natural de todo

ser humano. La oración, según el Papa Francisco, es un verdadero diálogo con Dios, un «cara a cara con Él» (*Meditación matutina en la Capilla de la Casa Santa Marta*, 15 de marzo de 2018), un momento de escucha y de respuesta, donde el fiel se abre a la voluntad y a la guía del Señor. Bajo este punto de vista, la búsqueda de los discípulos revela como la oración no es una fórmula de comunicación automática, sino al contrario, requiere la enseñanza, la disciplina, las modalidades que sólo el Maestro puede dar. Como los discípulos le pidieron a Jesús enseñarles a orar, también nosotros, para entrar en una relación más íntima y personal con Dios, no debemos temer pedir ayuda, en primer lugar, al Maestro y, sucesivamente, a quien, como guía espiritual, desde hace más tiempo camina en la presencia del Señor y ya ha aprendido a reconocer los pasos y la ruta.

Adoración: La adoración es un acto de humildad y reverencia de frente a la grandeza de Dios. El Papa, en sus reflexiones, frecuentemente nos recuerda que en la adoración reconocemos la soberanía de Dios y nuestra total dependencia de Él. Esta forma de oración nos abre a un más profundo sentido de maravilla y estupor de frente a la omnipotencia y a la bondad de Dios, reforzando nuestra fe y nuestra confianza en Él. Se distingue por ser un acto de reconocimiento de la majestad de Dios, no sólo como Creador sino también como Fuente Viva de amor y de misericordia infinita. En la adoración, el cristiano está llamado a mostrarse a Dios con un corazón puro y humilde, reconociendo los propios límites de frente a la inmensidad divina. Este tipo de oración no requiere peticiones o súplicas, sino que es una expresión pura del alma que se dirige a Dios en gratitud y reverencia, de frente al Misterio Increado.

Alabanza y Agradecimiento: La oración de alabanza y agradecimiento representa una expresión de alegría y gratitud hacia Dios por sus innumerables dones y bendiciones. En la alabanza, celebramos la grandeza, la belleza y la bondad de Dios, reconociendo su presencia viva y vivificante en nuestra vida y en el mundo que nos rodea. En el agradecimiento, respondemos con gratitud a las obras de Dios, desde las más chicas hasta las más grandes, conscientes de que todo bien recibido es un signo de su infinita bondad. Esta forma de oración nos ayuda a cultivar una actitud de reconocimiento, capaz de plasmar nuestra mirada en los hermanos como signo y testimonio de la caridad con la cual Dios nos ama.

Intercesión: La oración de intercesión es la oración que mejor expresa la Comunión de los Santos: nos permite orar por las necesidades de los demás, mostrando solidaridad, comprensión y compasión. Es oportuno subrayar la importancia de esta forma de oración como acto de amor y solidaridad cristiana, que nos une a los demás y nos hace partícipes de sus sufrimientos y de sus esperanzas. La oración de intercesión es un fuerte instrumento de comunión, a través del cual podemos presentar delante de Dios las necesidades del mundo y las necesidades de nuestros hermanos y hermanas.

De este modo, la oración de intercesión se convierte en un puente que une a los fieles y sus intenciones, trascendiendo los límites del espacio del tiempo, para compartir las alegrías y los sufrimientos de unos y de otros delante de Dios. En el contexto del Jubileo, la gracia de la indulgencia plenaria que se puede aplicar por un fiel difunto es una expresión de la oración de intercesión que nos une a todos nuestros queridos difuntos, con los cuales un día podremos gozar de los bienes celestiales.

Súplica: la oración de súplica refleja nuestra vulnerabilidad humana y nuestra necesidad de ayuda: con este tipo de oración, presentamos a Dios nuestras necesidades personales, nuestros deseos más profundos, y nuestras preocupaciones más urgentes. Somos animados a presentar nuestras peticiones a Dios con confianza y perseverancia, recordando que Él está siempre dispuesto a escuchar nuestros corazones: «nos pide constancia, nos pide ser determinados, y no tener vergüenza. ¿Por qué? Porque yo estoy tocando a la puerta de mi amigo. Dios es amigo, y con un amigo yo puedo hacer esto. Una oración constante, que invade» (*Meditación matutina en la Capilla de la Casa Santa Marta*, 11 de octubre de 2018). La súplica, entonces, se convierte en un momento de íntima comunión con Dios, donde nuestra vulnerabilidad se encuentra con su infinita misericordia y amor: a través de ella, aprendemos a confiarnos más profundamente en Dios, encomendándole toda nuestra vida, nuestras preocupaciones, nuestras esperanzas y nuestros deseos.